

Sección de Notas

ESTE POETA NO NECESITA PRESENTACION, ETC. (*)

Carlos Edmundo de Ory, nacido en Cádiz hace unos cuarenta años, de profesión autor de artículos, ensayos, novelas, cuentos, diario íntimo, residente en Francia... es lo que venimos denominando con el vago y famoso nombre de poeta.

No es fácil saber qué es un poeta. No es difícil, sin embargo, reconocerlo cuando aparece. Si ustedes le miran a la cara, ahora (1), tal vez en su presencia física no adviertan rápidamente al poeta. Es cierto que su presencia física sería sólo la guarida en donde el poeta deambula; pero, como las casas que habitamos, nuestros cuerpos acabau pareciéndose a nosotros mismos. Entonces, mírenlo un poco más (puede que a él no le disguste: a veces es un niño mimado). Verán una cabeza, pequeña por fuera, con el pelo ligeramente canallesco y los ojos inquietos, incluso puede que atormentados. Una frente despejada, acaso algo insolente. Debajo de los ojos, una zona de arrugas contorsionadas y sombrías contradice un poco a esa leve canallería del cabello que, inexplicablemente, sobrevivió a la carrera de obstáculos del conocimiento; o bien, esos cabellos, por estar entrecanos, no desdican del todo a la sabiduría, también entrecana, que se compone en la expresión completa. Se diría que con su rostro configura, como ha escrito en alguna parte, «un verso de saber y perdón». Lo más peculiar de la cabeza física de Ory es la contradicción por zonas con respecto a la edad: conserva adolescencia en esa desverguenza del cabello, contiene madurez en esa sonrisa, ¿cómo diría yo?, ahorcada por los pies, que relumbra en sus meditativas pupilas, y hay también un poco de vejez en la irradiación del conocimiento que allí, en su expresión, combate con un resol de imaginación y de lirismo. Se puede pensar, mirando ese rostro, que las ideas de ese hombre son rapaces, inquietas; sus sueños, abundantes y quizá en un technicolor desolado; su moral, tan generosa y culta como imprevisible. Ah: Ory sonrío mucho, bastante, lo suficiente, un poco. Pero su sonrisa no es por completo refrescante: diré que sonrío en cursiva o entre paréntesis. Se

(*) Presentación a una lectura de Ory celebrada en la Asociación Cultural Iberoamericana el 28 de abril de 1965.

(1) Facilitamos una fotografía para tal efecto.

diría que, en fin, tiene miedo. Ha dicho alguna vez —y lo dijo de un modo que parece que lo sigue diciendo desde entonces—:

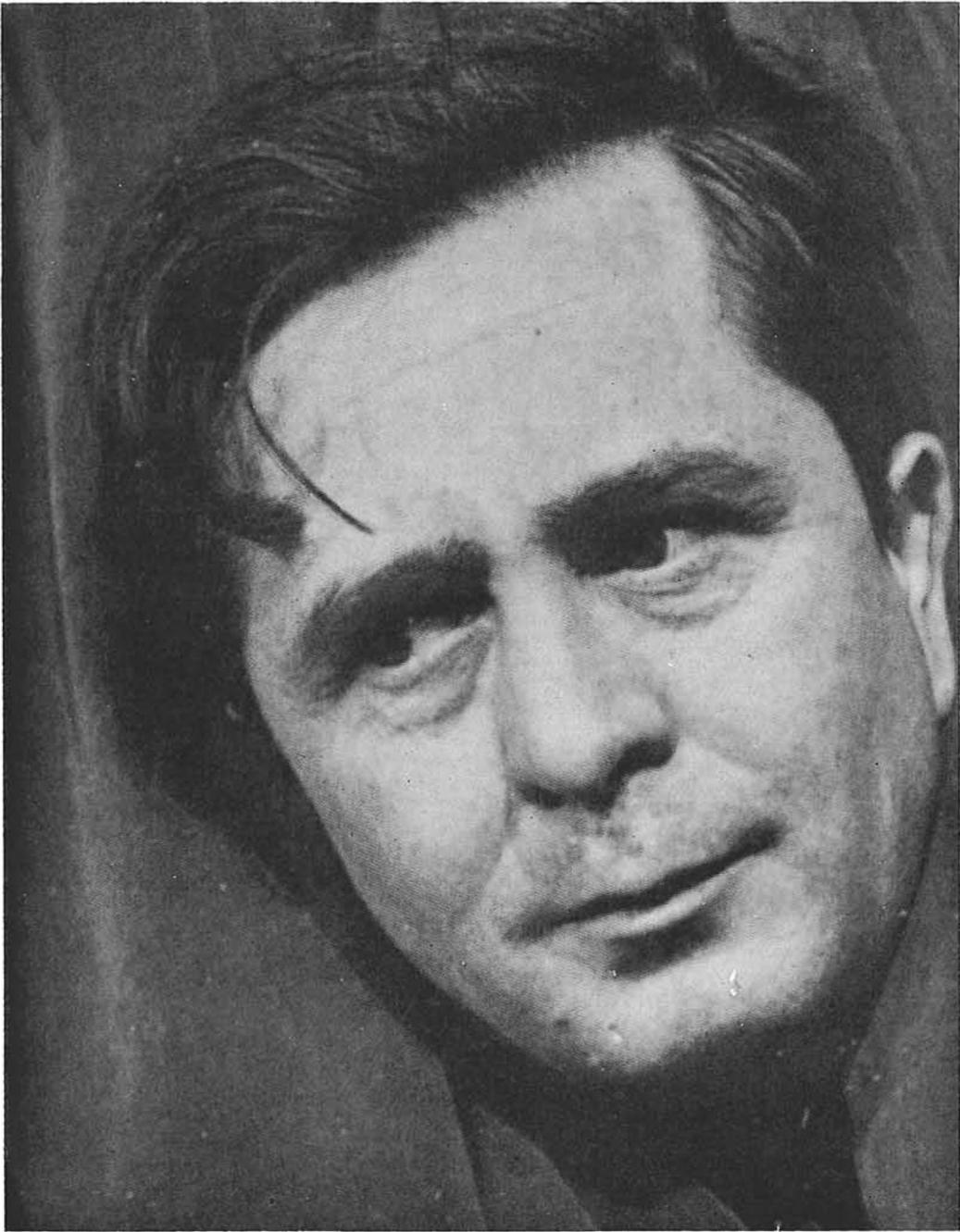
*Todo es temor si fumo,
también si me levanto a cada instante,
si miro allí, a la puerta, si no beso
la mejilla que cruza la noche solitaria.*

*Temor de estar enfermo.
Temor de ser abandonado.
Temor de tener sífilis.
Temor de estar borrado de la lista.
Temor de que me digan a todo que no.
Temor de no tener dinero nunca.*

Perdón si ustedes no están de acuerdo, pero yo pienso que el miedo es fundamental en la problemática de un poeta. Un poeta sin miedo me parece inhumano. Sobre todo si habita nuestro tiempo. Hoy, en la mitad sobrepasada del siglo xx, hace falta ser demasiado idealista y amar demasiado la abstracción para no recibir en la propia conciencia el miedo que pulula por todas partes, lento, pesado, como un megaterio amenazador, como una innominable criatura de Lovecraft.

Con esto pretendo haber dicho que Carlos Edmundo de Ory es un poeta moderno. Creo que a este muchacho o a este anciano de corto le da miedo todo, excepto escribir. A veces escribe de un modo devastador, como quien se arranca los cabellos. Una tarde, en París, llamé a la puerta de su casa. Abrió la puerta. Estaba solo, envuelto en humo: había escrito por espacio de diez horas; dos capítulos de una novela, o dos capítulos de dos novelas distintas, no recuerdo bien; sólo recuerdo que tenía una apariencia fatigada y feliz y que me dijo: «Al lado de esto, hacer el amor es una cursilería.» Yo pensé que si en lugar de diez horas escribiendo, hubiera estado diez horas con una mujer, me habría dicho: «Al lado de esto, escribir es una estupidez.» Y no lo supuse de un modo gratuito: él me ha propuesto un tipo de suicidio muy significativo: una mujer, una botella de champán; una mujer, una botella de champán; una mujer, una botella de champán... En otras palabras: este muchacho, desvalido y solemne, imaginativo y teatral, es trabajador y es apasionado. Dos peculiaridades, que, con la ya mencionada, el miedo, forman una conducta realista, dinámica, dialéctica, que configura, poema a poema, pasión a pasión, terror a terror, un poeta de nuestro tiempo.

Parece inevitable decir algo sobre su estilo: Ory es una mezcla apoteósica de la fuerza conceptista de Quevedo, de la endemoniada



Carlos Edmundo de Ory

